

El Pensador y el sistema de exclusiones del espacio público ilustrado

By: [Ana Hontanilla](#)

Ana Hontanilla. “*El Pensador y el sistema de exclusiones del espacio público ilustrado*.” *Dieciocho* 27.2 (Fall 2004): 365-82.

Made available courtesy of University of Virginia: <http://faculty.virginia.edu/dieciocho/>

*****© University of Virginia & Dieciocho. Reprinted with permission. No further reproduction is authorized without written permission from University of Virginia & Dieciocho. This version of the document is not the version of record. Figures and/or pictures may be missing from this format of the document. *****

Abstract:

El Pensador (1762-1763,1767) es uno de los periódicos madrileños más leídos durante el siglo XVIII, que además continúa en España la moda de publicar semanarios morales al estilo de las populares revistas británicas The Tatler (1709-1711) y The Spectator (1711-1712, 1714) de Joseph Addison y Richard Steele. (1) En The Structural Transformation of the Public Sphere, Jürgen Habermas destaca la relevancia de las publicaciones periódicas, particularmente de The Tatler y The Spectator en la formación de la esfera pública burguesa en Inglaterra durante el siglo XVIII (42). Ésta constituye un foro de discusión en que los individuos participan de manera libre e igualitaria en el debate crítico sobre los principios, intereses, y modelos que deben gobernar su vida. En el seno de estos espacios de diálogo, surge una nueva noción de lo público compuesta por individuos que en nombre propio se reúnen a debatir y negociar asuntos de interés general. El resultado de estas discusiones constituye lo que Habermas denomina opinión pública y se caracteriza por el consenso universal con que sus miembros definen los principios que han de regular el bien común.

Keywords: Eighteenth century | *El Pensador* | Journalism | Periodicals | Social Class | Public Opinion

Article:

El Pensador (1762-1763,1767) es uno de los periódicos madrileños más leídos durante el siglo XVIII, que además continúa en España la moda de publicar semanarios morales al estilo de las populares revistas británicas The Tatler (1709-1711) y The Spectator (1711-1712, 1714) de Joseph Addison y Richard Steele. (1) En The Structural Transformation of the Public Sphere, Jürgen Habermas destaca la relevancia de las publicaciones periódicas, particularmente de The Tatler y The Spectator en la formación de la esfera pública burguesa en Inglaterra durante el siglo XVIII (42). Ésta constituye un foro de discusión en que los individuos participan de manera libre e igualitaria en el debate crítico sobre los principios, intereses, y modelos que deben gobernar su vida. En el seno de estos espacios de diálogo, surge una nueva noción de lo público

compuesta por individuos que en nombre propio se reúnen a debatir y negociar asuntos de interés general. El resultado de estas discusiones constituye lo que Habermas denomina opinión pública y se caracteriza por el consenso universal con que sus miembros definen los principios que han de regular el bien común.

Según este análisis, inicialmente la esfera pública de la república de las letras no es burguesa sino que, por el contrario se inscribe en la publicidad relacionada con la representación de la corte. La clase media educada aprende el arte del debate público, crítico y racional a través de su contacto con el mundo elegante de los salones literarios que proporcionan la oportunidad para que la reflexión pública se entrene en su ejercicio. Cuando la ciudad se convierte en el centro de la vida económica, política y cultural de la sociedad civil, los grupos medianos se separan de la corte y surge una esfera pública de carácter literario que se constituye en espacio abierto para la discusión racional. En un principio, ésta se origina en los salones, tertulias de los cafés y clubes, proyectando la dinámica de sus discusiones a los periódicos. En su fase inicial, y como enfatiza Terry Eagleton: "Criticism here is not yet 'literary' but 'cultural': the examination of literary texts is one relatively marginal moment of a broader enterprise which explores attitudes to servants and the rules of gallantry, the status of women and familial affections, the purity of [...] language, the character of conjugal love, the psychology of the sentiments and the laws of the toilet" (18). De esta manera, la esfera pública del ámbito político evolucionó de la esfera pública literaria cultural y, a través de la opinión pública, el estado se puso en contacto con las necesidades de la sociedad (Habermas 14-26).

El individuo que emerge en la esfera pública burguesa del dieciocho toma conciencia de sí mismo como fuente independiente de autoridad y validación. Incluso, en ocasiones, su voz surge en oposición a los dictados del estado, hasta ese momento considerado la única forma de autoridad pública. Habermas entiende que por su naturaleza y función, la opinión pública sólo puede originarse en el contexto de una fase específica en la historia de la evolución de la sociedad burguesa. Este es el momento en que el tráfico mercantil y el trabajo social se emancipan ampliamente de las directrices estatales. De esta manera, Habermas expresa su tesis principal, según la cual el nacimiento de la opinión pública está ligado a la formación de un espacio público burgués de carácter urbano diferente de la representación del poder del estado, proceso, además, paralelo a la afirmación del capitalismo (57-67). (2)

La valiosa contribución sobre el origen y evolución de la esfera pública burguesa que en 1962 Habermas realizó al campo de la teoría e historia política ha sido recientemente revisada por historiógrafos como Joan Landes y Geoff Eley entre otros. Estos críticos concluyen que en su explicación Habermas idealiza el espacio público burgués ya que a pesar de la retórica de publicidad y accesibilidad sobre la que descansa la esfera pública oficial, Landes y Eley observan que de hecho ésta se constituye con base a un número significativo de exclusiones. Para Joan Landes, el principio clave de exclusión en Francia es la condición sexual de las personas, al entender que la nueva esfera pública burguesa se construye en oposición a la cultura femenina, artificial y aristocrática de los salones (23-8). Según Geoff Eley, las operaciones de exclusión

son una parte esencial del proceso de formación de la esfera pública no sólo en Francia sino también en Inglaterra y Alemania. Tomando las conclusiones de Landes como punto de partida, Eley entiende que en estos tres países la exclusión de las mujeres está además en conexión con discriminaciones que tienen sus raíces en el proceso mismo de formación de la clase burguesa (289-94). Erin Mackie estudia en particular cómo el gusto y la moda son dos categorías que desempeñan un papel clave a la hora de distribuir las funciones, espacios y apariencias que les corresponde a los hombres y a las mujeres respectivamente en los albores de la sociedad burguesa del siglo XVIII inglés (146). Por medio de la crítica del gusto, de la moda, y de las costumbres el espacio que *The Tatler* y *The Spectator* crean, aparentemente igualitario e inclusivo, ejerce presiones que excluyen a grupos sociales incapaces de adoptar los criterios que definen al individuo moderno de la esfera pública oficial burguesa (20). (3)

La reconsideración del concepto de clase social de forma menos dependiente de parámetros económicos y más en conexión con elementos culturales e ideológicos, que la actitud pragmática de los sociólogos de los años sesenta promueve, ofrece particular relevancia a los efectos del presente análisis sobre la formación de la mentalidad burguesa en la España de la época. (4) De acuerdo con esta línea de investigación, la clase social no se determina exclusivamente de acuerdo con categorías objetivas sino también por la manera en que sus miembros se conciben a sí mismos. Es decir, la clase social se define por el conjunto de normas, hábitos, significados, costumbres y símbolos con los que el grupo se identifica, aunque las diversas personas no compartan la misma posición en el proceso de producción (Thompson 9-12 citado en Cruz 11). Este acercamiento no implica rechazar de forma total el contenido económico del concepto de clase ya que la propiedad y el dinero son siempre signos de distinción. Sin embargo, el rango social no depende exclusivamente de los recursos económicos sino de otros factores que formarían parte de lo que Pierre Bourdieu llama "el capital cultural." Para Bourdieu, "el capital cultural" se manifiesta en el gusto del individuo y, más en concreto, en las preferencias y decisiones cotidianas relacionadas, por ejemplo, con la comida, la ropa, los libros que lee, los deportes que practica e incluso el peinado (6). (5) Sobre la función del "capital cultural," Bourdieu indica lo siguiente:

Taste classifies, and it classifies the classifier. Social subjects, classified by their classifications, distinguish themselves by distinctions they make, between the beautiful and the ugly, the distinguished and the vulgar, in which their position in the objective classifications is expressed or betrayed. (5-6)

El historiador español Jesús Cruz recuerda que el "capital cultural," sin embargo, no es patrimonio exclusivo de una clase social sino de varias y, cualquiera que sea el nombre que reciban estos bloques o capas sociales, la idea de que diferentes grupos tienen diversos hábitos de conducta prevalece (11). En un mismo espacio social se pueden identificar diversas formas de cultura que, a su vez, son producto de la interacción entre los diferentes grupos sociales. No

obstante, y dado que las relaciones sociales son también relaciones de dominio, existe siempre un grupo social que impone su cultura. Esta dinámica es la que Antonio Gramsci denomina de "la hegemonía cultural" y la define particularmente como la usurpación del lenguaje por el grupo dominante. (6) Siguiendo el análisis de Gramsci, Cruz entiende que la revolución burguesa debe ser interpretada como el intento de la burguesía por pasar a ocupar la posición hegemónica en el panorama social y cultural (10). Teniendo en cuenta, por un lado, las observaciones de Habermas sobre el carácter público, inclusivo e igualitario con que la esfera pública burguesa se presenta a sí misma, y por otro, la noción de clase social basada en el principio de distinción de Bourdieu, en este trabajo me propongo estudiar en qué términos El Pensador concibe la esfera pública burguesa ideal del dieciocho español. Igualmente, y en línea con las contribuciones de Landes, Eley y Mackie sobre los procesos de exclusión del espacio público burgués, examinaré los elementos contaminantes que, según su editor José Clavijo y Fajardo, amenazan la pureza y el buen gusto de la esfera pública ilustrada que por medio de la prensa se desea conformar.

Idealmente y según la lógica interna de El Pensador, cualquier persona puede comprar, leer el periódico y enviar sus comentarios al editor sin que se establezcan límites a la participación de los lectores por razón del sexo, nacimiento o condición económica. El Pensador estimula a sus lectores al intercambio activo de ideas, afirmando que, "si algunas personas quisieren enviarme sus pensamientos, ya sea en tono de cartas, de discursos, o del modo que gusten, ofrezco imprimirlos" (I 1: 20). Su discurso se presenta no con voluntad excluyente, sino abierto a la participación de todos aquellos interesados en el proceso colectivo de revelar la verdad social. Además, recuerda que gracias al desarrollo de nuevas instituciones civiles de comunicación social, como son los mismos periódicos, el editor puede presentar sus opiniones a la discusión racional de los lectores. De esta manera, afirma lo siguiente:

Una de las mayores. ó quizá la mayor ventaja, que nos resulta de vivir en sociedad, es la facilidad de comunicamos reciprocamente nuestras ideas, que por este medio se estienden, y, propagan de unos en otros individuos, creciendo, y acrysolandose con la observacion, y la controversia. Este es el thesoro público de las Naciones, al qual todos, cada uno segun la estension de sus conocimientos, llevamos nuestro contingente; y los Pueblos son sin duda alguna mas, ó menos instruidos, y sus costumbres mas, ó menos dulces, á proporcion que los lazos de su sociedad son estrechos, y se tratan en ella materias utiles. (I 13: 9-10)

El Pensador ofrece su publicación, no sólo como el medio de concreción y difusión de su postura personal sino también como vía de recepción y foro de discusión de la opinión de los otros miembros de la sociedad; efecto que se consigue por medio de la publicación de las cartas al editor y la forma dialogada de gran número de artículos. De particular importancia es la prioridad que el desarrollo de discursos prácticos que promueven la elaboración consensual de normas generales de acción adquiere en el periódico. La consecuencia más inmediata de esta dinámica es

que la identidad del individuo se hace cada vez más dependiente de actitudes reflexivas y críticas con respecto a definiciones convencionales de organización social. (7)

El carácter público y abierto de este periódico sirve para ofrecer la apariencia de un espacio crítico que permite a los lectores participar en el proceso de formación y determinación de los intereses y principios conforme a los que proceder en el normal desenvolvimiento de la vida familiar o profesional. Con ello, el efecto que se crea es doble. Por un lado, se hace hincapié en la importancia de la participación activa de los lectores en la formación de la opinión que se publica en el periódico. Ésta se presenta como el resultado aparente de un debate crítico y racional sobre las costumbres y las creencias sociales. Por otro lado y lo más importante, surge una nueva forma de legitimación de la autoridad, que parte de la participación activa o aceptación responsable de las pautas propuestas por El Pensador en el proyecto de mejorar la vida en sociedad. En este sentido, en el seno del espacio público ideal que El Pensador crea, las relaciones de poder no se ejercen por medio de la coerción ni de la fuerza ya que persuadir no es dominar. El expresar las opiniones propias no es tanto una lucha competitiva entre las personas como un acto de colaboración mutua.

Este principio se observa en el artículo 63 titulado "Sobre la educación" el cual, al igual que muchos otros discursos, consiste en la carta que uno de los supuestos lectores del periódico le envía al editor relatando sus experiencias personales. Se trata de un joven, hijo de padres ilustres y ricos que le escribe a El Pensador para lamentarse de los principios que regularon su educación. En su carta, este corresponsal particularmente destaca el carácter odioso de su instructor personal, cuya autoridad tendía a imponer por la fuerza. De esta manera, el joven noble indica lo siguiente:

El genio de mi Ayo era naturalmente imperioso, y duro: y con las infulas de Conductor, y Maestro se hizo más severo. é inexorable. Todo lo reducía á autoridad. Así lo mando: así lo quiero: este es mi gusto, estas eran sus frases familiares.

No ignoraba yo, que su ministerio de Ayo le daba imperio sobre mis acciones: pero los nombres de precepto, y obediencia, de facultades, y respeto, y sobre todo el tono, y modales imperiosos, me ofendían hasta el extremo de hacermelos insufribles, y también á quien los usaba. No me sublevaba el que me corrigiese, porque la razón, y el ejemplo me dictaban, que debía haver alguno, que me guiase: lo que me hacía perder los estribos era el vano, y afectado alarde de su poder. (V 63: 196-97)

Frente a la postura tradicional que entendía que "la letra con sangre entra," en el espacio ilustrado la expresión, la discusión y la circulación de las ideas han de tener lugar sin violencia ya que no existe un grupo subordinado sobre el que imponer las resoluciones que se han de adoptar. Más bien, la razón, la amistad y la igualdad deben regir las relaciones entre los miembros de la sociedad. Siguiendo estos principios, El Pensador se propone convencer utilizando argumentos

racionales de carácter laico y utilitario sobre la necesidad de regular la vida de las personas en sociedad. En este contexto de tolerancia y respeto, el público lector recibe las propuestas de este periódico y las examina a la luz de la razón. Si posteriormente, en sus cartas al editor, los lectores aprueban las ideas expresadas en El Pensador, este acuerdo uniforme no se origina ni en la autoridad ni en la violencia sino en que la opinión del público lector es informada y racional. (8)

Bajo la unidad temática de criticar los excesos de la moda, El Pensador trata de una amplia variedad de materias relacionadas con la vida cotidiana del Madrid de la época. Según las palabras de El Pensador, "la menor cosilla en orden á las costumbres, á la política, al idioma, ó á cualquiera de aquellas, que miran á la sociedad, á la vida, á las Artes, y á las Ciencias, excita mi imaginacion, y sin saber cómo, ni por dónde, me hallo a cada instante con el cerebro lleno de idéas" (I 1: 2). Estos asuntos son, entre otros el vestido, el peinado, las tertulias, los bailes, el gasto en la economía doméstica, la educación, las prácticas religiosas, el trabajo, la vida ociosa y, particularmente relevante a los efectos del presente análisis, el uso del lenguaje, las conversaciones y las relaciones entre los sexos. El Pensador, además, no sólo comenta los usos y costumbres de sus contemporáneos sino que también se propone cambiarlos. De esta manera, continúa diciendo lo siguiente:

El objeto es mejorar á los hombres: La empresa es ardua; ¿pero què se aventura en emprenderla? Se procura mejorar la raza de los caballos, de los pajaros, y de otros animales: se trabaja en mejorar las tierras, las calles, los caminos, y las habitaciones ¿y para quién todo esto? Para el hombre, para su servicio, para su comodidad: ¿pues por qué no se ha de procurar mejorar al hombre, objeto de tantas atenciones, y tantos afanes? Los hombres son malos muchas veces por mera malicia; pero muchas mas por ignorancia, ó por una estúpida, y ciega imitacion. Quien se tome el trabajo de rectificarles las idéas, les hará un servicio, quizá el mas importante de la vida. (I 1 : 6-7)

Con este fin, los miembros de los grupos medianos proponen, entre otros por medio de la prensa, retratos ideales, cuyo carácter moderno reside en que se da prioridad a valores como la virtud cívica, la utilidad social, la sencillez en las maneras, la proporción en el gusto y el sentido común. Estos modelos deben reemplazar las viejas actitudes aristocráticas relacionadas con el despliegue ostentoso de estatus social, particularmente en conexión con temas como el ocio y el consumo de bienes.

En el proceso de determinar los principios que han de reglar la vida del ciudadano responsable, el buen gusto, la moderación y el amor al bien común sustentan las argumentaciones de este periódico. El Pensador define el modelo de hombre ilustrado en los términos siguientes:

[E]s un hombre generoso, sin prodigalidad: que gasta á proporcion

de su hacienda: que tiene algunas diversiones para honesto recreo suyo, y de sus amigos: que mantiene un trèn decente, y conforme à su constitución: que gusta de Libros, y ha emprendido algunos viajes para perfeccionar sus ideas en beneficio de su Nacion, à quien tiene un amor muy singular; y que todo esto, ni mucho mas, que omito, no le impide el cuidar de su caudal, para pagar con puntualidad à toda su familia, y à quantos le sirven, tener en su mesa à sus amigos, y socorrer à los verdaderos necesitados.
(I 6: 6-7)

Un corazón puro y noble es la marca del hombre de bien que ama a su familia, a sus amigos y a su patria, procurando adquirir conocimientos y hábitos que sean útiles al mantenimiento y al progreso de su hacienda. El nuevo ideal masculino que se propone es doméstico sin ser femenino, de mundo pero sin corromper, hombre de cultura pública que, sin embargo, encuentra su afirmación personal en la esfera privada de la familia.

El hombre de bien vive como uno más en el seno de la comunidad de sus amigos, individuos virtuosos con quienes comparte una gran preocupación por el bienestar de la nación. (9) Periódicamente, se reúne con ellos a discutir asuntos de interés general en la tertulia, la cual tiene un carácter privado y está integrada exclusivamente por hombres. El Censor entiende que una tertulia "se compone de seis ú ocho sugetos de instruccion y buen gusto, y que viene á ser una especie de Academia; pero Academia libre sin formalidad" (IV, 80: 343). A su vez, El Pensador describe la tertulia de la que supuestamente forma parte de la siguiente manera:

Los Tertuliantes no eran muchos: pero escogidos, que aunque pocos, abrazaban juntos todos los ramos de las letras. Nos juntabamos siempre à una hora señalada, y empezaba la conversacion por hablar de los Libros recién publicados: Se hacia su critica con grande moderacion: todos los Jueces eran inteligentes, porque todos estaban muy instruidos. (II 17: 121-22)

Durante los encuentros cotidianos de este grupo de amigos nadie domina la conversación, siendo el dictamen de la razón el que decide los asuntos y a ellos concurren, "tertuliantes, sin pedantería; y eruditos sin afectacion, en quienes la cortesía dá un nuevo realce á la advertencia" (II 17:119). Con relación a la dinámica de las conversaciones, el narrador de este pensamiento subraya que "dos eran las Leyes, que se observaban con mas rigor en aquella Tertulia, y que la buena crianza debiera hacer observar en todas partes: Nunca hablaban dos Tertuliantes á la vez, y á ninguno se le permitia el hacer degenerar en disputa la conversacion" (II 17: 123). Además, indica que, "nadie tenia la pesada libertad de molernos con citas de Autores, porque á todos los despreciabamos luego que la razon no hablaba en abono de sus dictámenes" (II 17: 123). Sobre el tema de las conversaciones recuerda que "hablabase algunas veces de las Bellas Artes: otras de

Comercio, y Política: otras de Derecho Público; y otras de la necesidad de las Mathematicas. Por fin, todo assunto util tenia el derecho de ocuparnos" (II 17: 122).

Al consagrar el nuevo criterio de inclusión al grupo social ideal que se quiere conformar, El Pensador no menciona de manera explícita el criterio de clasificación jerárquica basado en el nacimiento. Los principios que definen el intercambio social en el seno de estos círculos de conversación, lejos de presuponer la igualdad de clase, la deja de lado, lo cual se manifiesta en "el noble despejo" y la "natural afabilidad" (II 17: 120) con los que el anfitrión de las tertulias recibe a sus amigos. No obstante, y al mismo tiempo que trata a todos con igual amabilidad y respeto, el responsable de estas asambleas también se asegura de admitir sólo a personas inteligentes, cultas y en quienes "la aplicación havia siempre corrido parejas con al trato de la buena compañía" (II 17: 121). De este modo, en la tertulia de carácter filantrópico, civil, profesional y cultural que El Pensador describe no se permite el acceso a cualquiera. Por el contrario, en el seno de estos organismos se procede a la elaboración de una cultura distintiva, propia de la sociedad civil, y la pertenencia a uno de estos grupos sociales de conversación constituye en sí misma una marca de distinción. El Pensador describe al organizador de una de estas academias en los siguientes términos:

N. es un Caballero, que no se precia de saber, aunque sabe: no admite gentes en su casa que admiren su erudicion, sino para dár lugar à cada uno de hacer lucir à tiempo la suya. Hermosea el conocimiento, mas que mediano, que tiene de varias Ciencias, con un juicio muy sólido, y un gusto igualmente fino, que seguro, con lo que ha formado una Librería muy selecta de Libros de instruccion, y de deleyte. (II 17:119-20)

Según Geoff Eley, la proliferación de estas asociaciones privadas y voluntarias es uno de los fenómenos que alimenta la esfera pública liberal burguesa. Además sirve como espacio de entrenamiento a un conjunto de hombres que en el siglo XVIII empieza a verse a sí mismo como la clase naturalmente destinada a actividades políticas y de gobierno.

El papel que juega la instrucción, la buena educación y el gusto en El Pensador, es esencial para comprender en qué consisten las primeras formas de representación del nuevo modelo de individuo ideal que se propone desde la esfera ilustrada. Como parte del proceso de delimitación y constitución del nuevo sujeto civil surge, no obstante por oposición, aquellas opciones a las que se concede un valor subordinado y excluyente. Así, frente al modelo de hombre que encuentra su validación personal en el seno de la comunidad de sus amigos, uno de los prototipos sociales que se ha de rechazar y excluir del espacio público racional e ilustrado es el petimetre. El interés de esta figura por la moda, el mundo femenino y los aspectos superficiales de la cultura de la época son, desde la perspectiva ilustrada, manifestaciones que muestran su actitud mímica e irreflexiva. El Pensador desde luego entiende que la inclinación de las personas a seguir la moda y las costumbres modernas beneficia el proceso civilizador de los pueblos. Desde

su punto de vista, abandonar las "ridículas vejeces" de las antiguas costumbres forma parte del progreso que favorece el contacto entre los sexos y otras culturas europeas, como lo muestra el hecho de haber introducido en España la moda de los semanarios morales. (10) Sin embargo, también concluye que es necesario saber cuándo la imitación de los usos y las modas es racional o culpable según concurra, o no, al beneficio general de la sociedad. Por ello, Clavijo asume la tarea de cualificar esta situación y procede a documentar la falta de acreditación social e intelectual a la que se arriesgan los sujetos que se preocupan en exceso de las modas en el marco social de la ciudad. La moda, pues, se convierte en instrumento de análisis y medio a través del cual la crítica social se canaliza.

En efecto, la ausencia de juicio personal e independiente es la razón por la que el petimetre replica mecánicamente los dictados de la mayoría, que en este caso es la mayoría femenina y las influencias extranjeras de la moda. En el siglo XX, el sociólogo alemán Georg Simmel estudia la diferencia entre el imitador pasivo y el individuo que en las decisiones relacionadas con el aspecto físico confía en sus propias percepciones e ideas. De esta manera, Simmel indica que "the imitator is the passive individual, who believes in social similarity and adapts himself to existing elements; the teleological individual, on the other hand, is ever experiencing, and he relies on his own personal conviction" (543). La descripción del imitador inconsciente de Simmel ayuda a comprender la manera en que, en el siglo XVIII, El Pensador construye la figura del petimetre en algunos de sus discursos. Un ejemplo sería el artículo 55, el cual consiste en la carta que una dama de la corte le dirige al editor del periódico criticando esta figura. En ella, la supuesta corresponsal indica que estos hombres, "à fuerza de afanarse en imitamos, nos han excedido en dengues, delicadeza, y monerías, y no queríamos en nuestro gremio una casta de avechuchos, que fuesen mas monos, y mas melindrosos que las mugeres mismas" (V 55: 37). Los adornos frívolos y las "afectadas necesidades" (V 55: 36) que los petimetres toman de las mujeres para su aseo personal ponen en evidencia su falta de carácter y juicio, carencias ajenas a la lógica que El Pensador entiende es connatural a la virtud masculina.

Los petimetres aborrecen el esfuerzo intelectual, las ocupaciones honestas y los empleos virtuosos, entregándose a la inutilidad y a la ignorancia, lo cual se manifiesta en el excesivo cuidado que ponen en su presencia física. Por añadidura, la influencia de las mujeres promueve la mentalidad no productiva del petimetre y favorece que éste se recree en un mundo de placeres sin responsabilidades, situación que tiene su máximo exponente en las relaciones de cortejo. En Usos amorosos del dieciocho en España, Carmen Martín Gaité realiza un excelente estudio del Cortejo o cicisbeo, costumbre que tuvo su origen en Italia y hacia 1750 ya había echado raíces entre las clases altas de la sociedad madrileña (1-24). Según el código del cortejo, a la mujer casada se le permitía estrechar lazos de especial amistad con ciertos hombres. Para ello contaba con la bendición del marido y el beneplácito de familiares y contertulios. El cortejo tenía libre entrada en la casa y habitaciones privadas de la dama a cualquier hora del día. Su función era ofrecerle entretenimiento, conversación, y compañía en sus salidas al paseo, el teatro, los bailes, las tertulias, y los toros, asegurándose de que siempre llevara lo último en las modas. Las

condiciones que se requerían para ejercer de cortejo eran bastante sofisticadas ya que debía ser un hombre de gustos y maneras refinadas, versado en la moda tanto femenina como masculina y estar al corriente de los últimos cambios. El Pensador entiende que, "el Don Cortejo es joven, rico, de buena familia, bien parecido, petimetre, y capáz, si solo se atiende à su figura, de ocasionar guerras civiles entre las Damas" (I 4: 22-3). Clavijo satiriza esta figura por medio de uno de sus corresponsales ficticios, quien explica que para ser cortejo ha desarrollado las siguientes cualidades:

Me voy civilizando, (como dicen los Corteji-cultos) y dejando las ridiculas vejeces de mis costumbres antiguas. He encargado à mi Zapatero me haga los Zapatos muy ajustados, y con tacon encarnado. A mi Sastre le he prohibido formalmente, y bajo graves penas, me haga la Casaca mas larga, que una Chupa, y la Chupa mas larga, que un Chaleco. Dos días enteros he tenido ocupado à un Criado mio en correr Tiendas para hallarme polvos de algun olor particular. He recibido por Peluquero mío de Camara à un pobrecito Francès, que gana su vida tout duocement [sic.], peynando à doblon de oro por peynadura. Tambien he recibido Maestros de Francès, è Italiano, no para aprender con designio de leer libros instructivos en estos Idiomas, sino para echar mis frasses Italo-Galicanas con estilo entre pedante, y erudito; y, gracias este cuidado, ya soy hombre, que brillo en las conversaciones con las Damas. (IV 51: 271-72)

En su pensamiento "Sobre la afeminación," La Pensadora Gaditana, uno de los varios semanarios que durante el dieciocho imitan el estilo de El Pensador, entiende que el adorno en los hombres es una falta grave porque al usarlo, "más se alejan de aquel último fin para que ocupan la tierra" (I 3: 65). El hombre, pues, debe encarnar la belleza propia a su sexo y será aquella que le permita ocuparse de las actividades que le competen. Como indica La Pensadora Gaditana: "Se hacen hermosos pareciendo hombres, esto es, huyendo toda afeminación, y acostumbrando su traje y cuidado a todo aquello que es más propio del valor y la ciencia para que son destinados" (I 3: 66). De otra manera, la preocupación excesiva por los adornos, además de afeminar a los hombres, trae "consecuencias bastante funestas a la religión, al Estado y a la Patria" (I 3: 70). El hombre que ocupa todo su tiempo en la ociosidad y la indolencia está gastando su vida para destruir la nación y en este grupo se incluye a quienes con vanidad y desidia, "empobrecen la patria, y la ponen en la necesidad de que se valga de agenas industrias para sus alivios, y comodidades" (III 31: 127). (11) La representación afeminada de los hombres sirve para identificar y delimitar por exclusión comportamientos incompatibles con su función natural de amar a la patria y dedicar su vida al servicio del bien común. Entre estas actitudes, La Pensadora Gaditana destaca, por ser un perjuicio particularmente nocivo, el consumo de bienes extranjeros.

En *Embodying Enlightenment* Rebecca Haidt estudia la manera en que varios textos del siglo XVIII español desarticulan la posición del petimetre mediante, entre otros medios, su proyección

metafórica sobre lo femenino. La imagen del petimetre afeminado y mono imitador sirve para visualizar las tensiones culturales que giran alrededor del petimetre y su posición en la sociedad. La representación de esta figura en las metáforas de lo diferente sirve para identificar y separar los comportamientos que se consideran y admiten como genuinamente masculinos de los que no. Haidt entiende que la afeminación impide que los hombres que no se conformen al ideal masculino, tal y como se concibe por la cultura ilustrada, ocupen un lugar de influencia en la esfera social y cultural. La lógica tradicional de la jerarquía sexual establece parámetros definidos sobre la posición superior o inferior de las personas según emitan signos masculinos o femeninos. De acuerdo a estos principios, y dado que lo masculino ocupa el lugar positivo en la jerarquía del género, la analogía de los petimetres con lo femenino opera una degradación que suprime la legitimidad de cualquier pretensión cultural por parte de estas figuras. El vestido pues es un instrumento poderoso para satirizar las alteraciones que sufren las personas, sobre todo en el plano de la moral. No obstante, las consecuencias de estas transformaciones tienen lugar en el espacio público (125-85).

En cuanto a las mujeres, los ilustrados mantienen la postura tradicional de considerar que el interés que éstas muestran por los adornos y el lujo es un vicio moral y defecto natural de la condición femenina. Sin embargo, la influencia negativa que las mujeres ejercen sobre la mente y el cuerpo de los hombres, puesta de manifiesto en la figura del petimetre y en la institución del cortejo, fuerza a los intelectuales ilustrados a considerar las consecuencias de los vicios femeninos en el espacio público. En concreto, El Pensador disemina la idea de la moda y de lo femenino como una actividad vana que viene a frivolar las relaciones sociales. (12) Clavijo observa que el daño que las mujeres causan en el espacio social empieza por su falta de educación intelectual, lo cual perjudica a la sociedad de la siguiente manera:

Si Vms. tuviessen instruccion, si en sus conversaciones huviesse delicadeza, y en ellas se tratassen materias dignas de unos entes, nacidos para la sociedad, y dotados de alma racional, los hombres serian discretos, è instruidos, y las conversaciones serian Escuelas del buen gusto, donde se tratarian materias utiles, y agradables.
(I 13: 13)

La ignorancia de las mujeres limita las relaciones que se establecen entre los sexos y las estanca en los aspectos más "superficiales," "materiales" e "inútiles" de la cultura, por lo que El Pensador continúa indicando lo siguiente:

Una Señora, que habla con propiedad del Bonete, del Corsé, del Cabriolé, y de Collares. Respetuosas, y Herraduras, cree haver llegado à la cumbre de la sabiduría, y que puede brillar, y dar el tono en las conversaciones. Los hombres siguen los mismos passos por agradar à Vms.: aprenden el mismo Diccionario: se sirven las mismas frases: hacen su conversacion de asuntos frivolos, y despreciables: y por este medio ellos, y Vms. se hacen ridiculos. (I 13: 12-3)

La moda y el consumo ponen de manifiesto el marcado contenido económico del comportamiento de los petimetres y las mujeres. Particularmente, la notoriedad y trascendencia de estas figuras en el espacio público se debe a su capacidad para alterar e influir en la marcha de la economía. En el siglo XX, Hannah Arendt observa cómo actividades que previamente habían permanecido ocultas en las "sombras del ámbito doméstico" se emancipan y se convierten en asuntos de interés público y político. Esta expansión e invasión de las actividades económicas en el ámbito público tiene, sin embargo, connotaciones negativas ya que para Arendt este fenómeno trae consigo la sustitución de lo universal por lo particular, del bien común por los intereses propios, de la asociación política y la res publica por el intercambio de bienes. Arendt entiende que en este proceso se produce la oclusión de lo político por lo social, dando lugar a la transformación del espacio público político en un pseudo espacio de interacción en el cual los individuos no actúan sino que simplemente se comportan como consumidores (38-49). La perspectiva de Arendt inscribe el espacio público en la tradición de la virtud cívica o de la res publica según la cual el dominio público es un espacio de apariencias que se comparte, y en el que la grandeza política y moral, el heroísmo y la superioridad se revelan y despliegan. Se trata de una esfera competitiva en la cual el individuo lucha por ser reconocido y la dinámica del mercado corrompe al sustituir la virtud cívica por intereses económicos particulares (56). La explicación de Hannah Arendt sobre la emancipación de lo social en conexión con el declive del espacio público ha sido, no obstante, objeto de crítica. Seyla Benhabib entiende que si el ascenso de lo social va acompañado de la liberación de grupos hasta entonces subordinados al "oscuro ámbito de lo doméstico," cuyo trabajo y actividad económica precisamente concedían a unos pocos el tiempo libre necesario para el ejercicio de la política, la crítica negativa de este fenómeno sugiere una reacción contra el intento de estos grupos por participar en la esfera de la vida pública. (13) Similarmente, las implacables operaciones de exclusión de *El Pensador* que suprimen toda legitimidad de actuación a mujeres y petimetres en el espacio público apuntan igualmente en esta dirección. El desacuerdo de su editor con la presencia en el espacio público de grupos hasta entonces subordinados al "oscuro ámbito doméstico" indica que la recuperación y formación del espacio público ideal bajo las presiones del desarrollo del mercado en la España del siglo XVIII consiste en un movimiento elitista y antidemocrático.

Clavijo se queja de que a los hombres no les adelanta afanarse en el estudio por el día si cuando por la noche se reúnen con las mujeres han de hablar de peinados, abanicos, encajes y demás menudencias del adorno. Y esto, contando con que la conversación gire exclusivamente alrededor de temas relacionados con la apariencia ya que, para *El Pensador*, la moda no es más que el asunto que abre el camino a otros vicios peores como la maledicencia y la detracción. En este sentido, lamenta que "la bata solo sirve de pretexto para vomitar el veneno, que ha engendrado la envidia, ò para querer brillar con un espíritu de malignidad, de que las gentes han hecho costumbre" (I 13: 18). En general, observa que, "pocos hombres instruídos son maldicientes; y que si hay algunos, que cometan esta bajeza, la practican con menos frecuencia, que el resto de los hombres" (I 13: 22), siempre que, por supuesto, se mantengan alejados de la influencia de las damas.

Clavijo entiende y explica la evolución de las conversaciones entre hombres y mujeres de la siguiente manera: "Para las mugeres es hombre inutil el que no escudriña quanto passa en las casas, y en lo mas interior de las familias; y los hombres, que por lo regular ponen toda su felicidad en agradarlas, se entregan con todo corazon à adquirir estas noticias. Y vé aqui un mal consumado, un gusto depravado, que influye sobre la instruccion, y costumbres de toda la Nacion" (I 13:11). En el seno de las tertulias femeninas, en lugar de brillar la instrucción como ocurre en las tertulias masculinas, se constituye una sociedad cruel que promueve el desprecio entre sus miembros. De esta manera, indica que "si en lugar de llevar luces à la massa comun, llevamos tinieblas, es preciso que padezca la instruccion pública, y que, lejos de formar una sociedad de hombres, que se amen, y ayuden, se hagan juntas de fieras carniceras, que se despedacen. Y este es nuestro caso" (I 13: 10).

El Pensador añade, por último, que otra manera en que la ignorancia y el mal gusto de las mujeres perjudica el buen funcionamiento de la sociedad es la moda de admitir en su círculo de amistades no sólo a petimetres sino también a aquellos hombres que imitan el habla y las costumbres de los majos. Ilustrando esta opinión, prosigue:

Vms., Señoras, suelen admitir à su trato, a su amistad, y tal vez à su favor una casta de hombres, cuyos esfuerzos solo miran à degenerar lo que son: à unos entes, que procuran hacer gremio separado, y el mas bajo de la sociedad: en fin, à unos monstruos, que, mal hallados con un nacimiento distinguido, solicitan obscurecerlo, tomando el trage, el tono, y las acciones de Majos; y este es otro efecto perjudicial de la ignorancia. (I 13: 22-3)

Clavijo condena a las damas que reciben "à unas gentes, cuyo gusto depravado consiste en confundirse con la canalla; y que desmintiendo su origen, y huyendo de parecerse à las personas de su classe, hallan sus delicias en frequentar, è imitar à la escoria del Pueblo" (I 13: 23). Incluso, lamenta que, "no faltan algunas Señoras, que hagan profession pública de Majas" (I 13: 23).

La fascinación de las clases altas por la gente del pueblo es un fenómeno cultural que coincide con el comienzo del toreo profesional. Desde mediados del siglo XVIII, la nobleza abandona el ejercicio de la tauromaquia y el toreo empieza a practicarse a pie. La introducción de esta novedad da lugar a la aparición de los toreros de oficio, gente pobre, analfabeta y de origen humilde. Entre ellos surgen los nuevos héroes populares como Francisco Romero, Martín Barcaíztegui, --alias Martincho-- José Delgado (1754-1801) y Joaquín Rodríguez (1729-1800) --alias Costillares--. Mientras que José Delgado es el preferido de la gente del pueblo, Joaquín Rodríguez Costillares es el ídolo de los señores. Este último establece el "traje de luces" e inspirado en la moda de la época cambia la indumentaria sencilla y severa que hasta entonces se llevaba en el ruedo por el vistoso calzón corto y la chaquetilla, ambos de seda y de color profusamente bordados con adornos en relieve de oro y plata. Los aristócratas españoles son

amigos de estos toreros quienes a pesar de su incultura tienen acceso a los salones y tertulias de la alta nobleza (Catena 683-90). (14)

El Pensador se pregunta, sin embargo, acerca de las consecuencias que la moda del majismo puede tener sobre la sociedad y las costumbres. Mientras que en Francia los centros femeninos de conversación o Salones se convierten en escuelas de la nueva burguesía para asimilar el vestido, las maneras, el habla y los gustos de la aristocracia (Landes 24-7), en el seno de las tertulias españolas patrocinadas por mujeres, Clavijo explica que en lugar de ser los miembros de las clases bajas los que imiten a las clases altas, son los señores y las damas los que adoptan el estilo de la gente de pueblo. Tendencia que, aunque rompe con la estratificación social tradicional, sobre todo viola las normas del buen gusto del espacio público ilustrado. Según Clavijo, los miembros de las clases acomodadas se echan a perder por el desprecio que muestran a la razón y a las reglas del buen gusto cuando se mezclan con la gente del pueblo y les imitan en su desvergonzado comportamiento. De esta manera, indica lo siguiente:

Estas gentes envilecidas en el frecuente trato con sus modelos, piensan con la misma bajeza que ellos; y no pocas veces los exceden, empleando en la imitacion mejores potencias. Las Cathedras de su instruccion està en la Plaza de los Toros, en las casas del juego, y en las miserables chozas de los arrabales. En tales Escuelas aprenden el modo de hablar, y de conducirse, y desde ellas suelen passar à los estrados à poner en práctica su conducta licenciosa, y su language barbaro, è indecente. (I 13: 24)

El Pensador observa con alarma que los hombres celebran las groserías de los majos y que las damas toleran piropos y cumplimientos que constituyen una manifiesta transgresión a las reglas de buen gusto y civilidad, por lo que continúa lamentándose como sigue:

Bien se deja conocer cuáles serán las materias de la conversacion de semejantes barbaros. Sus expediciones vergonzosas: tratar à las Damas con el mismo tono, que acostumbran hablar à las mugeres del Barquillo, y Lavapies; y no perdonar satyras, ni injurias contra las reputaciones mas bien establecidas, son sus unicas habilidades, y los assuntos en que se emplean sus lenguas torpes, y sangrientas. (I 13: 25)

El espacio público femenino se asocia pues con el mal gusto y superficialidad de los individuos que imitan ciegamente las tendencias de las modas, ya sean en el vestido o el habla. De esta manera, uno de los valores que se adjudica a la moda en estos papeles es de ser expresión de actitudes o tendencias privadas que quedan excluidas de la esfera pública ilustrada y están en competencia con ella. Por esta razón, El Pensador añade que publicará las opiniones de los

lectores con tal de que, "no contengan cosa contra la Moral, contra el Gobierno, ni contra persona alguna en particular, y contribuyan de algun modo al bien público" (I 1: 20).

Al examinar, pues, en detalle el sistema de publicación de las supuestas cartas al editor, éste se efectúa de acuerdo a una estrategia específica. Por un lado, El Pensador da primacía a la voz del editor y a la de aquellos que, por expresar su acuerdo con él, están en condiciones de utilizar el discurso. El Pensador indica que, "por aquel rato, [...] me dura el entusiasmo (que no son pocos) todo quanto pienso me parece excelente: me miro como el primero de los hombres: deploro la suerte de éstos en no tenerme por su guía; y llega mi desvanecimiento hasta creer, que podría contribuir a su felicidad" (I 1 : 2-3). La prescripción del modelo ideal tiene como punto de partida la figura de un autor plenamente consciente de su función ejemplar ante la sociedad y el buen gusto y el refinamiento que le definen establece la superioridad de su posición cultural.

Por otro lado y frente a la voz dominante del editor, quien se constituye en legislador, intérprete, guía y modelo de cohesión del grupo que formada el lector ideal, se establece la posición subordinada de quienes aparecen no sólo privados de voz sino también expuestos al ridículo público. La incorporación e imitación inadecuada de modelos de comportamiento que no coinciden con las propuestas delineadas por El Pensador es la razón que justifica la descalificación moral y social de estos individuos. En este grupo se encuentran los llamados petimetres o miembros de las clases medias, quienes llevan a extremos inapropiados el cuidado de la apariencia, las mujeres en general y finalmente las clases bajas. Así, el análisis crítico de las propuestas ilustradas se desenvuelve en un proceso más aparente que real de comunicación continua entre el editor y su público.

En conclusión, aunque el discurso racional de la esfera pública se presenta a sí mismo abierto a todos aquellos individuos que de buena fe deseen participar a su formación, el carácter no exclusivo ni excluyente de esta propuesta se desenvuelve en una paradoja. En principio la esfera pública que emerge de estos artículos se caracteriza por la desaparición de las diferencias sociales y la inclusión de aquellos interesados en participar en este foro de discusión no depende de su condición económica ni de su nacimiento. En el contexto ilustrado, la mayoría de los miembros de la burocracia estatal habían tenido que romper las barreras de diferenciación social basadas en el criterio arbitrario y paralizante de un nacimiento desventajoso. Por ello, en el espacio público burgués la suspensión de las diferencias sociales basadas en el nacimiento se considera de buen tono. Nancy Fraser señala esta característica de la esfera pública burguesa de la siguiente manera: "There is a remarkable irony here, one that Habermas's account of the rise of the public sphere fails to fully appreciate. A discourse of publicity touting public accessibility, rationality, and the suspension of status hierarchies is itself deployed as a strategy of distinction" (6). El problema se encuentra en que en la esfera pública burguesa a la vez que el buen gusto exige dejar de lado las desfasadas diferencias sociales tradicionales, también se convierte en el instrumento clave de discriminación social y nuevo criterio para la exclusión de aquellos núcleos urbanos que no se conforman y además entran en competencia cultural con las propuestas de El Pensador. En este sentido, Pierre Bourdieu enfatiza que "tastes (i.e., manifested preferences) are

the practical affirmation of an inevitable difference. [...] In matters of taste, more than anywhere else, all determination is negation" (56).

NOTAS

(1.) Paul Guinard atribuye el comienzo de esta moda a El Duende especulativo sobre la vida civil (1761) (167-172). Philip Deacon apoya esta opinión profundizando más en la materia en El mundo hispánico en el mundo de las luces Vol. 1 (Madrid: Editorial Complutense, 1996): 67-72. Sobre la influencia de los periódicos británicos en El Pensador ver H. Peterson y G. Marún.

(2.) Jürgen Habermas reexamina su concepto originario de la esfera pública en The Theory of Communicative Action. Nancy Fraser ofrece una discusión crítica del uso más reciente de este concepto de la esfera pública.

(3.) Ver también Davidoff y Fall.

(4.) En cuanto a la definición de cultura, ver Williams, Hatch, Thompson y Kroeber. En España y de acuerdo con la terminología del siglo XVIII, el vocablo clases "medianas" designa al grupo social más característico del Madrid de la época, el cual incluye a altos funcionarios, secretarios reales o de consejo, simples escribas, notarios, procuradores y a aquellos que se emplean en el ejercicio de profesiones liberales, como magistrados, educadores, militares y médicos. Aunque no son hombres de negocios, empresarios o inversores con espíritu capitalista es decir, burgueses en el sentido marxista de la palabra, José Antonio Maravall entiende que, "en lo que respecta a la significación social de su mentalidad, se les puede incluir en el grupo burgués" (116). Se trata de individuos de nivel socioeconómico desahogado que se reputan en posesión de conocimientos idóneos para enunciar y alcanzar los valores de la vida colectiva que se proponen formar.

(5.) Sobre la definición del capital cultural, ver Bourdieu, Outline (191). Se puede encontrar la aplicación de este concepto en el estudio de la formación de la burguesía española en Cruz y McDonough.

(6.) Sobre el concepto de hegemonía, ver Hoare y Smith (57) y Mouffe (168-201).

(7.) Habermas (The Theory of Communicative Action) enfatiza que la modernidad no sólo significa bifurcación, individualización y diferenciación sino también la aparición de una esfera pública de discusión racional. Ver también Benhabib, "Autonomy, Modernity".

(8.) Paul Guinard opina que el carácter uniforme y monótono de la prensa española del siglo XVIII se debe a las restricciones que imponen la censura eclesiástica y civil. Mi postura consiste, sin embargo, en destacar la preocupación que El Pensador muestra por legitimar la autoridad en el consenso universal ya que, en la legitimidad democrática reside precisamente el punto fuerte del modelo discursivo del espacio público de Habermas frente a los otros dos modelos de espacio público del pensamiento político occidental (Benhabib 74).

- (9.) Sobre la amistad y el hombre de bien, ver Sánchez-Blanco.
- (10.) Sobre la influencia civilizadora de las mujeres, ver Bolufer.
- (11.) El énfasis es mío. Esta cita corresponde a la edición de 1786. Ver La Pensadora Gaditana (Cádiz: Imprenta Manuel Ximenez Carreño, 1786).
- (12.) Sobre la conexión entre la moda y la mujer como construcción social sin trascendencia, ver Tseëlon (37-40).
- (13.) Benhabib entiende, no obstante, que Hannah Arendt no es una pensadora nostálgica ya que a la vez que analiza la decadencia del espacio público durante la modernidad también dedica gran esfuerzo a los dilemas y posibilidades que la actividad política tiene bajo los retos que aquélla plantea (75).
- (14.) Sobre el fenómeno del majismo y su influencia en el arte y la literatura, ver Al margen de la ilustración (Zavala); y Puerta Escribano.

OBRAS CITADAS

Arendt, Hannah. The Human Condition. Chicago: UP Chicago, 1998.

Benhabib, Seyla. "Autonomy, Modernity, and community: Communitarianism and Critical Social Theory in Dialogue." En *Zwischenbetrachtungen im Prozess der Aufklärung*. Ed. A. Honneth, T.A. McCarthy, Claus Offe y Albrecht Wellmer. Frankfurt: Suhrkamp, 1989. 373-95.

--. "Models of Public Space: Hannah Arendt, the Liberal Tradition, and Jürgen Habermas." *Habermas and the Public Sphere*. Ed. Craig Calhoun. Cambridge, MA: MIT Press, 1997.

Bolufer, Mónica. *Mujeres e Ilustración. La construcción de la feminidad en la Ilustración española*. Valencia: Institució Alfons El Magnànim, 1998.

Bourdieu, Pierre. *Distinction. A Social Critique of the Judgment of Taste*. Trans. Richard Nice. Cambridge, MA: Harvard UP, 2000.

--. *Outline of a Theory of Practices*. Cambridge: Cambridge UP, 1977.

Breward, Christopher. *The Culture of Fashion*. Manchester: Manchester UP, 1994.

Caso González, José Miguel ed. *El Censor*. Oviedo: U Oviedo, 1989.

Catena López, Elena. "Diversiones y espectáculos." *Historia de España. La época del romanticismo (1808-1874). Las letras, las artes, la vida cotidiana* 35. Ed. Ramón Menéndez Pidal. 2 Vols. Madrid: Espasa Calpe, 1989: 683-93.

Cienfuegos, Beatriz. *La Pensadora Gaditana*. Ed. Cinta Canterla. Cádiz: U Cádiz, 1996.

Clavijo y Fajardo, José. *El Pensador*. 6 Vols. Madrid: Imprenta Joaquin Ibarra, 1762-1763, 1767.

Cruz, Jesús. *Gentlemen, Bourgeois, and Revolutionaries. Political Change and Cultural Resistance among the Spanish Dominant Groups, 1750-1850*. Cambridge: Cambridge UP, 1996.

Davidoff, Leonore y Catherine Fall. *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class, 1780-1850*. Chicago: U Chicago P, 1987.

Eley, Geoff. "Nations, Publics, and Political Cultures: Placing Habermas in the Nineteenth Century." *Habermas and the Public Sphere*. Ed Craig Calhoun. Cambridge, MA: MIT Press, 1997: 289-339.

Fraser, Nancy. "Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique Of Actually Existing Democracy." *The Phantom Public Sphere*. Ed. Bruce Robbins. Minneapolis: U Minnesota P, 1993: 1-33.

--. "What's Critical about Critical Theory? The Case of Habermas and Gender" en *Unruly Practices*. Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory. Minneapolis: U Minnesota P, 1989. 113-43.

Gramsci, Antonio. *Selections from the Prison Notebooks*. New York: International Publishers, 1979.

Guinard, Paul. *La Presse espagnole de 1737 à 1791*. París: Institut d'Études Hispaniques, 1973.

Habermas, Jürgen. *The Structural Transformation of the Public Sphere*. Trans. Thomas Burger. Cambridge, MA: MIT Press, 1991.

--. *The Theory of Communicative Action. Vol. 2, Lifeworld and System.* A Critique of Functionalist Reason. Trans. Thomas McCarthy. Boston: Beacon, 1987.

Haidt, Rebecca. *Embodying Enlightenment. Knowing the Body in Eighteenth-Century Spanish Literature and Culture*. New York: St. Martin's, 1998.

Hatch, Elvin. *Theories of Man and Culture*. New York: Columbia UP, 1973.

Hoare, Quintin y Gregory Nowell Smith eds. y trans. *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*. New York: International Publishers 1971.

Kroeber, Alfred Louis and Clyde Kluckhohn. *Culture: A Critical Review of Concepts and Definitions*. New York: Vintage Books, 1963.

Landes, Joan. *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution*. Ithaca and Londres: Cornell UP, 1988.

Mackie, Erin. *Market á la Mode: Fashion, Commodity, and Gender in the Tatler and the Spectator*. Baltimore: Johns Hopkins UP, 1997.

Maravall, José Antonio. *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*. Madrid: Mondadori, 1991.

Marín, Giaconda. *Orígenes del costumbrismo ético-social. Addison y Steele: antecedentes del artículo costumbrista español y argentino*. Miami: Ediciones Universal, 1983.

Martín Gaité, Carmen. *Usos amorosos del dieciocho en España*. Barcelona: Anagrama, 1991.

McDonogh, Gary. *Good Families of Barcelona*. Princeton: Princeton UP, 1986.

Mouffe, Chantal. *Gramsci and Marxist Theory*. London: Routledge and Kegan Paul, 1979.

Chantal Mouffe, Chantal, ed. "Hegemony and Ideology in Gramsci." En *Gramsci and Marxist Theory*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1979. 168-201.

Peterson, H. "Notes on the Influence of Addison's Spectator and Marivaux's Spectateur Français upon El Pensador" en *Hispanic Review* IV (1936): 256-63.

Puerta Escribano, Ruth de la. "Moda, moral y regulación jurídica en época de Goya." *Ars Longa* 7-8 (1996-97): 205-17.

Sánchez-Blanco, Francisco. "Una ética secular: La amistad entre ilustrados." En *La secularización de la cultura española en el Siglo de las Luces*. Eds. Manfred Tietz y Dietrich Briesemeister. Wiesbaden: Otto Harrassowitz, 1992. 168-85.

Simmel, Georg. "Fashion." *The American Journal of Sociology* 62.6 (May 1957): 541-58.

Thompson, Edward Palmer. *The Making of the English Working Class*. New York: Vintage, 1966.

Tseëlon, Efrat. *The Masque of Femininity: The Presentation of Women in Everyday Life*. London: Sage Publications, 1995.

Williams, Raymond. *Culture*. London: Fontana, 1981.

Zavala, Iris, ed. *Al margen de la Ilustración. Cultura popular, arte y literatura en la España del siglo XVIII*. Amsterdam: Rodopi, 1998.

Ana Hontanilla

University of North Carolina, Greensboro